



P. Hernán Alessandri Morandé

\* 22 de febrero de 1935 20 de diciembre de 1964

+ 18 de diciembre de 2007

En el año en que toda la Comunidad de los Padres de Schoenstatt celebra el 40º aniversario y precisamente en un día de Alianza del Adviento del año 2007, a las cuatro de la mañana, celebramos la Pascua del P. Hernán Alessandri Morandé. El Señor, que es tan delicado, permitió que nueve Padres de su curso “Vinctus Pastoris” estuviesen aquí en Bellavista, compartiendo con él, ese momento memorable.

El P. Juan Pablo Rovegno, rector de la casa, alcanzó a impartirle el sacramento de la Unción. Se le amortajó con la túnica de Sión y la estola que es propia de quienes pertenecen a la Provincia “Sión del Nuevo Pentecostés”. Con gran paz y con meditaciones de silencio, se rezaron los misterios luminosos del santo Rosario, recordando en cada uno de ellos el inmenso tesoro que la persona y la vida del querido hermano nos dejaba como herencia. A las 10 hs. fue trasladado a la capilla de la casa provincial, donde su curso celebró la primera eucaristía por el eterno descanso de su alma.

Dotado con dones excepcionales de inteligencia, simpatía, bienestar y prestigio social, pudo elegir lo que una gran mayoría llama: “ser un triunfador”.

Muchos lo imaginaron estadista, tribuno como su abuelo paterno, profesor eminente, gran gestor de riquezas. Pero la Mater lo llamó a otras cumbres. Schoenstatt irrumpió en su vida, desde el Santuario de Bellavista, convirtiéndose “la capillita” para él, en el más grande de sus tesoros. No sin combate interior, no sin superar dolorosas barreras, eligió el sacerdocio. Para ello su gran maestro fue nuestro Padre Fundador, con quien se encontró en momentos cruciales de su vida, dejando su cuño paternal en su alma de discípulo y transmitiéndole su profecía, sus certezas y sus razones para aspirar al sacerdocio de oro.

La biografía del P. Hernán ha sido de una rara plenitud. Años atrás, escribiendo sobre sí mismo en una meditación, se identificó con San Juan Evangelista.

Se vio retratado en la vehemencia algo intransigente del apóstol cuando joven pero, sobre todo, descubrió que en la vida de ambos, fue la Virgen Madre quien, en profunda intimidad, modeló el corazón del hijo confiado y de padre misericordioso. En su vida se cruzan muchísimos hilos de la historia eclesial de la segunda mitad del siglo veinte. Así, el P. Hernán, contribuyó decisivamente a que el post-concilio, tanto en Chile como en Latinoamérica, encontrara cauces apropiados para ser una primavera del Espíritu Santo. Trabajó en la pastoral de base en su tan querida Parroquia de N.S. de los Dolores en Carrascal, adquiriendo una experiencia del día a día de la Catequesis, de la Liturgia y de la Acción Solidaria.

Enriquecida en estas experiencias, su palabra luminosa fue solicitada por los Obispos de Chile, por el Consejo Episcopal Latinoamericano (con una destacada participación en la III. Conferencia de Obispos en Puebla), y por el Sínodo Extraordinario de los Obispos en Roma en 1985, donde se hizo la evaluación más completa del Concilio Vaticano II.

Sus numerosos artículos en muchas revistas especializadas en teología, pastoral y medicina; sus fichas de trabajo que han tenido múltiples ediciones; sus libros, varios traducidos al portugués, al italiano o al alemán (algunos tienen condición de clásicos), atestiguan la calidad y la originalidad de su reflexión.

Pero, el pastor siempre volvía a los campos del contacto personal y comunitario inmediatos. En el calor de estas vivencias plasmó una multitud de instituciones y obras catequéticas y sociales. Inventó las “Misiones Familiares Católicas”, una verdadera joya pastoral. Promovió, como el primero en Chile, la Virgen Peregrina de Schoenstatt. Es el autor de varios y novedosos “Mes de María” que, en la turbulencia post conciliar, fue un extraordinario instrumento para salvaguardar esta valiosa tradición mariana chilena. Ayudó a los empresarios a profundizar en su vida cristiana y a tomar conciencia de su responsabilidad social.

Desarrolló un original estilo de pedagogía en la educación de familias cristianas.

Organizó cooperativas para levantar viviendas familiares. Fundó policlínicos y dispensarios de alimentos. Dirigió comedores infantiles.

Pero este incansable sacerdote era también un gran artista. Ahí quedan como testimonio gran cantidad de canciones por él compuestas, obras de teatro, esculturas, dibujos, caricaturas, liturgias y un sin fin de sus magistrales homilías.

Sin duda alguna, los pobres, los necesitados, los enfermos, los niños, los ancianos, los olvidados, los moribundos, fueron los predilectos de nuestro P. Hernán. Le atraían, como un peso natural del alma; y ellos como nadie, conocieron su fina ternura de padre. Es el fundador de “María Ayuda” y de todas las obras que desde allí pudo impulsar, porque compartir con la gente más sencilla era para él la Betania, el reposo que le daba fuerza para darse más y más...

En todo esto, en la vorágine de mil preocupaciones, es necesario descubrir el secreto que nuestro hermano guardaba en su corazón de pastor, desde el inicio, y que fue creciendo en él hasta el heroísmo. A nuestro P. Hernán, el Señor le regaló un corazón de hijo, transparente y orante, de niño bondadoso, cordial y lleno de humor. Muchos lo percibieron en su mirada, en su humildad, en su sencillez conmovedora. Su recinto propio era el corazón maternal de la Virgen María donde pudo ser hijo atento, libre y fiel de su Padre Fundador. Así se identificó plenamente con la gracia, con la historia y con la misión del Monte Sión. Eso mismo lo preparó para una relación filial, lúcida y vigorosa con Juan Pablo II. No en vano, “La Propuesta Evangelizadora de Schoenstatt” (el último libro que publica), es un diálogo entre el mundo profético del P. Kentenich, tal como nos lo entrega desde Sión, y el magisterio del Vicario de Cristo.

Pero faltaba aún la cumbre más alta de su vida, aquella cima en la que Cristo, el Hijo, movido por el Espíritu Santo pronuncia la palabra vivificadora de la obediencia: “Padre, todo está consumado, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Todo sacerdote es ungido para ser en Cristo “sacerdote, víctima y altar”.

Hace años el P. Hernán, con plena conciencia de su enfermedad confidenció: “Espero que a través de mi dolor se manifieste claramente que la Mater me quiere llevar en sus brazos, tal como recibió a Jesús en el descendimiento de la cruz. Así me llevará a la resurrección”.

Todo cuanto hizo nuestro P. Hernán lo hizo en forma eximia y así fue con el dolor. En sus últimos años llegó a convertirse en una víctima sin reservas y en un altar magnánimo, donde se cerraba el ciclo de su idealismo juvenil. A los 22 años, al entrar al noviciado de los Padres palotinos, compuso una canción cuya estrofa se inspira en el símbolo del pelícano. Según la leyenda el pelícano se abre el pecho para alimentar a los polluelos con su sangre. La Iglesia asumió esta imagen atribuyéndola a Cristo que deja traspasar su corazón para que, desde él, mane sangre y agua. Dice así una estrofa de la canción de nuestro hermano:

“Amemos la cruz que nos hiere y alcemos su herida triunfal,  
cual otro costado de Cristo, llagado de amor paternal.  
Cantemos al ver nuestro pecho que abierto ha empezado a sangrar,  
sabiendo que esa sangre es vida que en otros nos va a eternizar”.